

La guerra es un negocio como de costumbre

ADOLF CASPARY

Traducción por Gerardo Muñoz

Introducción: Este texto apareció por primera vez bajo el título “War is a Business as Usual”, en la revista Esquire, marzo de 1944, páginas 29 y 130. Adolf Caspary fue un pensador de la época de Weimar y miembro del círculo de Oskar Goldberg, cuyo libro Die maschinenutopie: das Übereinstimmung Moment der bürgerlichen und sozialistischen Ökonomie (La utopía de la máquina: el punto de convergencia entre la economía burguesa y la socialista, 1927), desplegó una crítica de la civilización de la máquina como estructura civilizatoria de Occidente. Wirtschaftsstrategie und Kriegsführung (Estrategia económica y guerra, 1932) en el que daba cuenta del nexo constitutivo del crecimiento económico y la guerra como administración perpetua de la catástrofe. Como han demostrado estudios recientes sobre la época, el pensamiento crítico-económico de la civilización capitalista de Caspary fue decisivo para pensadores continentales de la época, tales como Erich Unger, Walter Benjamin, Marcel Mauss, entre otros. Hasta donde sabemos sólo un texto de Caspary sobre la relación entre técnica, economía y estrategia fue traducido al castellano y publicado en la Revista del Círculo Militar de la Argentina en 1939. Este breve texto nos ofrece una síntesis de su pensamiento sobre el paradigma de la guerra al interior de la subsunción capitalista. — Gerardo Muñoz.

Cuando Hitler asumió el poder en 1933, el Reichsbank alemán poseía exactamente 125.000.000 dólares en oro y divisas extranjeras. Los expertos en economía predijeron que Hitler dilapidaría esta suma en menos de seis meses y que, en consecuencia, el nazismo una vez arruinado prontamente se desvanecería. Seis meses más tarde, las reservas del Reichsbank se habían reducido a 18.000.000 de dólares; y, sin embargo, Hitler seguía firme. Él sabía lo que los líderes democráticos se negaban a creer: que ninguna circunstancia resulta más propicia para mantener viva una dictadura que unas finanzas en ruinas. Mientras la gente pudiera adquirir lo que deseaba con dinero de papel, se mantenía más o menos satisfecha. Lo único que pedían era que los precios no subieran, algo que podía lograrse con facilidad —tal como demostró el Dr. Hjalmar Schacht— mediante el control de los salarios, los precios y, por encima de todo, las importaciones y las exportaciones.

Durante años, el Tercer Reich fue una «ruina financiera», pero no llegó a derrumbarse. Quienes tienen el interés más vital en apuntalarlo son aquellos que poseen dinero. En una dictadura, todo el mundo se ve obligado a prestar dinero al Estado; los bancos deben adquirir bonos y otros títulos públicos, ya sea por ley o por decreto. Cuando toda la estructura se tambalea, todos los que forman parte de ella —desde la gente común, pendiente de su salario semanal, hasta las grandes potencias financieras,

2 Adolf Caspary

atentas a sus millones— se muestran aún más ansiosos por sostenerla. Y cuanto más se tambalea, mayor es su ansiedad. La Alemania Nazi le exige sacrificios a su pueblo mediante una especie de chantaje semilegal: los alemanes se ven forzados a invertir tanto en el régimen que no pueden permitirse el lujo de ver cómo éste se hunde. Un juego de chantaje similar le sumó a Alemania el apoyo de los grandes intereses empresariales en el extranjero. Aunque los hombres de negocios que trataban con Hitler vieron cómo se suspendía sus contratos, se congelaba su capital en Alemania y se interrumpía el pago de intereses, siguieron aferrándose a la situación, pues el colapso total del Reich habría aniquilado cualquier participación que aún conservaran.

Cuando Hitler finalmente entró en guerra, lo hizo con las arcas vacías; sin embargo, aun así podría haber ganado. De hecho, la rica Francia fue derrotada por la pobre Alemania, y la aún más rica Inglaterra estuvo a punto de ser vencida. Pero una nación pobre solo puede derrotar a una más acaudalada si asegura la victoria antes de que el país rico logre movilizar sus recursos financieros. La historia ha demostrado una y otra vez que una bolsa repleta siempre se impone, siempre y cuando quienes custodian ese tesoro no teman echar mano de él. Francia no se tomó la guerra con la seriedad necesaria y perdió; Inglaterra, que también tardó en reaccionar, estuvo a punto de sucumbir. Hoy los Aliados vencerán porque están dispuestos a gastar. Nosotros podemos costear la victoria; Alemania, no.

Consideremos la derrota de Aníbal, quien fue, de hecho, uno de los generales más victoriosos de la historia. Durante dieciséis años, Aníbal combatió en territorio enemigo prácticamente sin recibir suministros de su patria, y nunca fue derrotado. De hecho, en Cannas obtuvo la mayor victoria militar de todos los tiempos. Cuando Aníbal se dispuso a tomar Roma, solicitó a su gobierno en Cartago que le enviara las armas de asedio necesarias —la artillería pesada de aquella época—, las cuales no había podido transportar a través de los Alpes. Se negaron. ¿Por qué? El Senado cartaginés estaba controlado por el partido reaccionario, el cual se aferraba al antiguo principio de que las guerras debían ser costeadas por los países conquistados — una suerte de sistema de «pague a medida que pierde». Además, dicho partido no tenía, en realidad, un interés particular en la guerra. Por consiguiente, la armada cartaginesa permaneció en Cartago y no se enviaron suministros a Aníbal a través del Mediterráneo. Una vez que la opinión pública logró espolear al complaciente Senado y obligarlo a actuar, Roma ya había movilizado sus fuerzas, mientras que las de Aníbal se habían visto merma- das e irreparablemente debilitadas. Cartago aceptó una «paz negociada» y, cincuenta años más tarde, Roma la destruyó por completo. La mentalidad de «seguir haciendo negocios como de costumbre» —la misma que la había hecho poderosa— terminó por aniquilarla.

Aníbal perdió su guerra porque los financieros estaban en su contra; por la misma razón, Julio César —quien ganó su guerra— perdió la paz. César siempre había sido considerado un riesgo financiero. Le gustaba vivir con lujos y contrajo cuantiosas deudas. Lo peor de todo era que ocupaba un puesto de liderazgo en el Partido Democrático. Solo los especuladores accedían a prestar dinero a César, y lo hacían a tasas de interés muy elevadas. Cuando César asumió el poder en el año 49 a. C., superó los peores temores de los conservadores romanos: trasladó el tesoro público desde el templo hasta su propio banco privado. Los financieros se quedaron boquiabiertos. No temían que se produjeran malversaciones, pues se trataba de una suma de dinero demasiado

grande como para que una sola persona o camarilla pudiera gastarla por completo. Pero, ¿qué haría César con ella? Debería haber utilizado el tesoro para reconstruir un país que había quedado exhausto tras ochenta y cinco años de guerra civil; debería haber organizado y financiado obras públicas; las provincias devastadas por la guerra deberían haber sido reconstruidas, y las tierras públicas deberían haber sido entregadas a los campesinos. Pero César solo podía pensar en términos de guerra imperialista, como si necesitara todavía desplegar más *Lebensraum* hacia el Oriente. Mientras Roma se tambaleaba hacia el pánico financiero, César comenzó los preparativos para una nueva y colosal guerra contra los persas. Fue en este punto donde intervino el Partido Conservador del Senado. Fueron los principales financieros de Roma quienes asesinaron a César el 15 de marzo del 44 A.C.

Durante la Edad Media, la guerra era una especie de deporte para nobles diletantes; sin embargo, durante el Renacimiento, se convirtió en una profesión remunerada. Pequeños estados como Venecia, Florencia y Pisa no podían permitirse ejércitos permanentes, pues estaban gobernados por hombres de negocios que se negaban a gastar dinero en un ejército hasta que el enemigo los acorralaba con la espada al cuello. Así, generales talentosos y soldados a sueldo —conocidos como los *condottieri*— se ofrecían a sí mismos y a sus ejércitos al mejor postor. Si no había fondos suficientes para pagarles, ocasionalmente se cobraban por su cuenta apoderándose de un país y autoproclamándose duques. Tal forma de administración gubernamental constituía una parodia del modelo clásico; no obstante, los líderes del Renacimiento aprendieron bien esta lección: que las guerras son una cuestión de bolsillo, no de corazón. No se pueden ganar si no se pueden costear. En Francia, era el Estado —y no los *condottieri* contratados— quien libraba la guerra. Los reyes disponían de cuantiosos ingresos procedentes de los impuestos —y, por consiguiente, de crédito bancario—, lo que les permitía mantener un ejército permanente. En una época en la que los emperadores alemanes delegan toda la labor bélica en generales y soldados mercenarios, los generales franceses eran oficiales del Estado. Sin embargo, el Renacimiento en Francia comenzó a desmoronarse cuando Luis XIV olvidó equilibrar los gastos de guerra con los ingresos del tesoro. A su muerte, dejó tras de sí un buen número de hermosos castillos, una Francia más extensa y el mejor ejército de Europa; pero dejó también un déficit de dos mil millones, una industria arruinada y una agricultura devastada: en suma, un país que clamaba por una revolución.

Durante años, el militarista francés Vauban había estado advirtiéndole al rey que las guerras arruinarían a Francia. Un país debe librar guerras comerciales —sostenía—, no guerras de conquista. Aunque las advertencias de Vauban cayeron en saco roto en su propio país, fueron atendidas con suma atención en Prusia. Federico II el Grande heredó de su padre en 1740 una economía libre de deudas, un conjunto de principios sólidos y un ejército de 83.000 hombres. El padre había amado a su ejército en exceso como para arriesgarlo en una guerra; el hijo, en cambio, sabía que una población de dos millones y medio de habitantes no podría sustentar indefinidamente a 83.000 soldados. La solución consistía en expandir Prusia. Cuando Federico derrotó a los franceses en la batalla de Rossbach, el prestigio prusiano se disparó hasta las nubes, pues había vencido al ejército más selecto del mundo. Sin embargo, él sabía que ganar grandes batallas no equivale a ganar guerras. Federico triunfó porque fue lo suficientemente calculador como para elegir al país más rico —Inglaterra— como aliado, y venció también porque

honró el principio de su padre de no contraer deudas. “Quien conserva el último tálero en su cartera, gana”: tal era el aforismo que guió la vida de Federico.

La historia de Napoleón es la historia de César. Tras sus brillantes victorias militares, Napoleón debería haber reconstruido Francia y desarrollado una economía industrial moderna. A los financieros y empresarios que lo habían llevado al poder no les importaba qué forma de gobierno estableciera, siempre y cuando esta generara las condiciones bajo las cuales ellos pudieran prosperar. Pero Napoleón continuó librando guerras que Francia no necesitaba. La burguesía comenzó a mostrarse descontenta. Los Aliados (rusos, austriacos, y prusianos) redactaron un manifiesto dirigido al pueblo francés, declarando que no estaban en guerra contra Francia, sino contra Napoleón. Y luego sobrevino la rendición de París. George Washington fue un general que supo tanto financiar una guerra como librarla. Bajo su liderazgo, un país cuyas finanzas eran prácticamente inexistentes derrotó a la potencia financiera más poderosa de la época. En materia de finanzas, los Estados Unidos contaban con una imprenta, la cual trabajó a destajo. Como resultado, el papel de la moneda se depreció hasta que, al final de la guerra, su valor equivalía a una milésima parte de su valor nominal.

Las tropas de Washington lo abandonaron una vez vencido su contrato, independientemente de si habían llegado o no los refuerzos. Sus pagas nunca llegaban a tiempo y, cuando lo hacían, se efectuaban en una moneda devaluada. Para abastecer a sus tropas, Washington debía esperar a que los recaudadores trajeran grano, ganado, aves de corral y otros bienes militares. Hitler habría resuelto el problema con facilidad, ordenando a su administración militar que asumiera el control del abastecimiento del ejército y de la financiación de la guerra. Los métodos de Washington, sin embargo, eran distintos. Su objetivo era inspirar confianza. Y fue precisamente esa confianza en Washington —y no en el Congreso Continental— la que llevó a Francia a firmar la alianza en 1778. Cuando el rey de Francia envió tropas, suministros y dinero, estos fueron puestos a disposición de George Washington, y no del Congreso Continental. Tras la batalla de Yorktown, llegaron de Francia otros dos millones y medio de libras. Washington dispuso de dicha suma para fundar el Banco de América del Norte, el primer banco estatal de los Estados Unidos y el único en el mundo cuyo capital social había sido constituido mediante la gestión administrativa de un comandante de ejército. La Guerra Civil fue la guerra más costosa de todos los tiempos. Fue costosa para el Sur, pues, aunque este contaba con un ejército y unos generales superiores y podría haber ganado rápidamente, carecía del dinero y de la industria necesarios para sostener una guerra prolongada. El Norte sí disponía de ellos; sin embargo, la guerra resultó costosa también allí, dado que los empresarios del Norte movilizaron la industria con escaso entusiasmo: ralentizaron el esfuerzo bélico y obligaron al gobierno a pagar precios elevados por los suministros de guerra.

Dos semanas después de la batalla de Bull Run, el Tesoro de la Unión se encontraba sin fondos.

El secretario del Tesoro, Samuel P. Chase, se dirigió a Nueva York para solicitar un préstamo. Necesitaba 150 millones de dólares para cubrir los gastos de los tres meses siguientes. Recibió 50 millones de dólares, acompañados del comentario mordaz de los bancos de que esa suma bastaba para ganar una guerra. Por supuesto, a lo largo de los cuatro años siguientes, los bancos prestaron cientos de millones más. Mientras tanto, la victoria se hacía esperar, y la guerra resultó tan sangrienta como costosa.

La Guerra Civil fue la primera empresa militar, desde la desastrosa Guerra de los Treinta Años, en liberarse con el uso del crédito. Para los hombres sensatos, financiar la guerra mediante préstamos internos significaba cargar un futuro incierto con deudas insoslayables. Cuando Lincoln escribió al Congreso en 1861 que resultaba “gratificante saber que los gastos que la rebelión ha hecho necesarios no exceden los recursos del pueblo leal”, pocos le creyeron. La mayor parte del “pueblo leal” clamaba que la cuarta generación seguiría pagando la insensatez de librar una guerra a crédito. Así, la Guerra Civil precipitó la revolución industrial, y las riquezas que esta generó redujeron las deudas de guerra a una bagatela. Una vez más nos encontramos ante un gran número de países que se encuentran en guerra, realizando un esfuerzo financiero superior a lo concebible durante tiempos de paz. Aunque los gastos bélicos han aumentado, el riesgo es menor, pues la mano de obra, los recursos industriales y la riqueza son los que deciden el desenlace de la guerra, *siempre y cuando* sean movilizados. El Eje perdió la guerra el día de Pearl Harbor, pero a partir de ese día, la industria estadounidense entró en guerra.